Una visita a Díaz Mirón

por M. M. Morillo

Sentados alrededor de una mesa en las amplias galerías de un hotel que da frente a la Plaza Central, abrasados por el cálor y entre sorbo y sorbo de cerveza, se inicia la charla.

—Pues, en Veracruz, vive Díaz Mirón, y lo he visitado—nos dice Borgia.

—Pues yo quiero ir a verlo también—le digo—porque es amigo mío.

Torres Rioseco manifiesta el mismo deseo y la visita queda concertada para la tarde.

A la hora convenida nos dirigimos a la casa del poeta. Tras breve espera, aparece Díaz Mirón y comienzan entonces las presentaciones, es decir, la presentación de Torres Rioseco, pues Borgia ya lo había visitado y yo era viejo conocido desde la Habana, donde muchas veces conversábamos de literatura, de arte y de política en corrillos de literatos y diplomáticos, cuando el poeta vivía en el destierro.

El glorioso poeta nos recibe con desbordante efusión, en la pequeña sala de su casa, una sala limpia, adornada con una sencillez digna de un griego. ¿Y qué otra cosa es Díaz Mirón sino un griego por la delicadeza y elevación de su espíritu y la sencillez de su vida? En esta sala se destaca un retrato al óleo del poeta, acaso hecho en su época más brillante, o más bien cuando conquistó sus primeros laureles de bardo consagrado por la forma; porque ni la gloria ni las musas le han abandonado jamás, antes lo contrario, han besado con más suavidad su frente, surcada hoy de arrugas por los años, para hacerlo más apacible, más moderno y filosófico en sus últimos tiempos, sin que por esta transformación su obra de ahora sea inferior.

—Cuánto les agradezco, mis queridos jóvenes,—nos dice—que ustedes se hayan acordado de esté pobre viejo que no es más que una ruina que se acerca ya al sepulcro.

—Era un deber nuestro venir a saludarlo—le respondemos.

—Y este joven, ¿de dónde es?—se dirige a nosotros preguntándonos la nacionalidad de Torres Rioseco.

—De Chile.

—¡Gran país!—exclama Díaz Mirón. Torres Rioseco oye alabar a su país y hace un gesto de desagrado, porque él no cree en ese gran progreso ni en esa superioridad que se atribuye a Chile, basado en el militarismo y en el orgullo de una aristocracia llena de prejuicios necios que posterga el talento cuando procede de humilde origen. Chile—nos ha dicho en diferentes ocasiones—no ha sido más que una sucesión continua de oligarquías; es verdad que hemos disfrutado de paz, pero de una paz que ha pesado como una loza de plomo sobre los espíritus libres.

—¿Y cómo andan por Santo Domingo, esa tierra viril?—me pregunta después a mí el insigne bardo.

—Pues allí no andamos, señor, hace tiempo que nos tienen *acostados*.

—¿No he leído yo en los diarios, recientemente, que se van pronto de su tierra?

—Quién sabe, señor,—le respondo en la forma dubitativa que lo hace siempre el indio mexicano y que tan bien describe Chocano en sus versos inmortales.

La charla se generaliza y entonces se conversa sobre diferentes tópicos.

Para Díaz Mirón no hay poetas más grandes que los ingleses. ¡Con qué entusiasmo nos habla de Byron y de Shakespeare! También de Poe. Para demostrárnoslo recita algunos versos de estos célebres poetas. Los bardos ingleses revelaban ser poetas en todos los actos de su vida. ¿No recuerdan ustedes—nos dice—aquel episodio de la vida de Byron al ir a combatir por la libertad de Grecia, cuando se presentó en el campamento de los helenos con el uniforme de hoplita a usanza de los tiempos del Rey Leónidas?

De los poetas franceses el único que le agrada es Victor Hugo. Y continúa:

—Lo que nos ha sucedido, es que nos hemos afrancesado demasiado sin motivo; ni intelectualmente, pues todavía ningún poeta francés ha superado a los ingleses. Hasta lo nuestro lo hemos despreciado por ese afán de creer que todo lo francés es lo mejor. Ahí tenemos a los clásicos, ese Siglo de Oro de la Literatura Española con tantas obras inmortales que tal vez nunca más se vuelvan a escribir.

Para darle más fuerza a su argumentación, nos lee un largo artículo de Eça de Queiroz insertado en "La Decadencia de la Risa", en el cual el cáustico ironista portugués arremete despiadadamente contra los afrancesados.

—Después de su último libro de versos "Cascas" no hemos vuelto a leer nada de usted, ¿no piensa escribir más?

—Sí, algo tengo escrito, pero no pienso publicarlo. Lo último que he escrito se lo he dado a mis hijos para que ellos lo publiquen después de mi muerte. Así lo apreciarán mejor, sin apasionamientos de ninguna clase,—y en seguida nos recita estos versos de su famoso poema "Gloria", con lo cual parece darnos a entender que su obra habrá de perdurar:

El mérito es el náufrago del alma,
vivo se hunde, pero muerto flota.

Nosotros también estamos convencidos de que Díaz Mirón, como Darío y Nervo, ha de alcanzar la inmortalidad, porque a nuestro juicio, es el primer poeta mexicano y el que conparte, actualmente, con Guillermo Valencia, el cetro de la poesía en América. Ningún otro poeta como Díaz Mirón ha sabido cautivar ni impresionar más fuertemente, así por la belleza original de sus imágenes como por la arrogancia y elevación de sus versos, impetuosos como el huracán, como el torrente desbordado, apacibles a veces como un remanso cristalino donde floricen nenúfares y lirios.

El poeta nos ha dicho que sus versos han merecido el honor de ser traducidos a varios idiomas, que algunas de sus traducciones resultaron felices y otras desgraciadas.

Luego nos habla con un pesimismo acerbo de la vida y de los ideales, llegando a la conclusión, pensando con Pascal, que "todo es nada". Tal es su desencanto. La humanidad será siempre la misma—nos dice—con un tono de amargura. Toda lucha será estéril para redimirla. Ustedes, que son jóvenes, tal vez puedan luchar, pero yo que soy ya una ruina... —y deja la frase inconclusa.

Parece que Díaz Mirón tiene la obsesión de la muerte, pero no es la suya una obsesión desesperante, sino dulce, apacible, resignada, convencido que todo tiene su fin. Después, como arrepentido de haberníos hablado con tanto pesimismo con respecto a los ideales que persiguen los hombres y los pueblos hoy día para su redención, nos dice:

—Jóvenes, conserven siempre vivas las ilusiones, que ellas son la vida. Creo que he hecho mal en hablarles a ustedes así.—Y nos pide excusas por haberse expresado con tanta desilusión.

Nosotros, a pesar de todas esas interrupciones y desengaños que parecen embargar completamente el alma del poeta, pensamos lo contrario, que aun le restan muchos años de vida, porque su naturaleza permanece fuerte y resistente como un roble, y porque en esta hora suprema de la humanidad los acontecimientos se desarrollan de la noche a la mañana con una rapidez increíble.

Nos ha recitado versos suyos y ajenos, y su voz, fuerte y vibrante, nos da la impresión de que escuchamos un tribuno de la Convención. Más que un poeta parece un orador exaltado.

Después de nuestra hora de charla y ya próximos a marcharnos, nos repeta de súbito, con cierta énfasis:

—¡Yo supongo que ustedes no son periodistas! ¿verdad?

—Periodistas profesionales, no—le respondimos; —pero una que otra vez nos gusta borronear cuartillas y dar nuestras impresiones al público.

—Les hago esta advertencia, mis queridos amigos—(dicho todo esto en tono paternal)—porque una vez me visitó un periodista venezolano y luego salió diciendo por allá por Buenos Aires, que yo hablaba pestes de Darío y de Lugones, cosa enteramente incierta, puesto que siempre he sido devoto admirador de esos dos colosos de la poesía. Yo no hablo mal de nadie ¡nunca! ¡jamás!—asienta con tono de energía.

Y en verdad que don Salvador no ha hablado mal de ningún poeta vivo; pero sí le ha dado su picotazo a uno que otro de los muertos, mas a ninguno de los que pertenecen a la generación actual.

Al despedirnos nos abraza y vuelve a testimoniarnos su agradecimiento por la visita. Cuando bajábamos las escaleras de su casa, nos repetía otra vez:

—Jóvenes, conserven siempre vivas las ilusiones, que ellas son la vida.

Desde lo alto de las torres de las iglesias las campanas desgranaban sus lentas notas al toque del angelus, y allá, lejos, las olas espumosas dejaban oir el rumor del mar.

México, 1922.

Reflexiones sobre el Amor

por Sarah Hübner

Puede haber pasión en un amor sin base; mantenerse y aún exacerbarse momentáneamente un amor, consciente de haber nacido a base de un juicio erróneo del sujeto: pero no tendrán estas pasiones el proceso de adaptación de los grandes amores; necesariamente han de pasar y no dejarán nada.

Cuando una mujer se enamora de un hombre porque tiene buena figura o porque viste bien, los hombres analizan el caso y se lo explican. Pero cuando una mujer, más si es joven y es bella, se apasiona prescindiendo de exterioridades, se extraña y el juicio sobre ella, por lo general, es desfavorable.

Dos períodos tiene el amor de accidentes y de reacciones bien diversas: primero el ideológico y luego el de la adaptación. Dentro de este primer período, que pertenece más bien al hombre que a la mujer, los menores detalles tienen una importancia inmensa. De ahí que, muchas veces, mientras a mayor distancia evoluciona, se hace más intenso.

SARAH HÜBNER

En cierros espíritus la frivolidad suele ser una defensa.

No todos los enamorados son sentimentales, ni todos los sentimentales son enamorados.

Entre un enamorado imbécil y un enamorado de talento suele haber poca diferencia.

Dentro de los sentimientos hay muchas cosas, comprensibles, que hasta aumentan el afecto, pero que irrevocablemente matan el amér.

Todos creen haber vivido sin un gran amór por esta circunstancia o por aquella. Se olvidan hasta dónde es el género humano incapaz de causas bondas.

Analizar a los hombres, hoy día, es como entrar a una tienda de ropa hecha.

La fidelidad conyugal, salvo excepciones, no puede ser sino consecuencia del heroísmo o de la falta de temperamento.

Dentro de las mujeres inteligentes, el escepticismo hace más mujeres honradas, que todas las religiones.

Curioso es pensar cómo el amor, a través de los caminos más diversos, tiene un gesto supremo, que es el mismo para toda la especie.

Poco es la inteligencia sin sensibilidad; y nada es grande sin estas dos fuerzas.

Nunca me besaron sin que el alma me llenaran de llanto.

Cuando se ha vivido, el amor no es sólo el hombre, sino la vida que nos haga ese hombre: lo que nosotros podríamos ser a través de él.

Sólo llegar a comprender ciertos amores es tener ya cualidades de alma extraordinarias.

Me gusta la modestia intelectual que nace del convencimiento profundo de la pequeñez de la inteligencia humana, en relación a los grandes problemas del cómo y del porqué de las cosas. Me disgustan los hombres que no pudiendo explicarse estos fenómenos se empeñan en buscar teorías justificadoras y le atribuyen a la naturaleza planes preconcebidos. Las idealidades metafísicas me resultan pequeñas, cuando se les concede valores absolutos, y sólo han logrado interesarme, como la expresión de un temperamento.

Me es fácil aceptar con simpatía los desequilibrios, que nacen de la exageración de una virtud: en cambio hay pequeñeces inofensivas que me repugnan.

En mis conceptos morales ha desaparecido la culpa; nuestra vida entera es una sucesión de consecuencias.

Dos cosas al parecer antagónicas son la base de mi temperamento: el desprecio y la lástima.

No me he sometido jamás a nadie ni a nada, porque las gentes y las causas han sido siempre menos fuerte que yo.

Hay hombres fuertes sin sensibilidad y esos no me interesan; hay sensibles derrumbados y esos me interesan menos.

Enamorarse de un hombre sólo porque es buen mozo, es como matar el hambre comiendo alcachofas.

Todos los actos de la vida me parecen absurdos si no los mueve una causa de amor.

En la mujer dejan huellas más hondas las causas que no se han vivido: en los hombres es más fuerte el poder de la realidad que el del ensueño.

Admirable es la mujer que siendo extraordinaria conserva rasgos ingenuos y aparece senecilla.

Los hombres necesitan más distraerse que sentir; y por esa causa feliz, las mujeres pueden cumplir por lo general con su papel.

En las grandes alegrías hay un fondo de dolor.

El escepticismo en los hombres sensibles desarrolla una piedad y un desinterés casi religiosos: los capacita para amar tanto como los aleja del amor porque tienen ya una personalidad hecha.

Mal pienso de los hombres que en su vida no han tenido cerca una mujer que valga: necesitándola, necesariamente la habrían buscado y mereciéndola la habrían tenido. Siendo así, si no la han buscado es porque no la han deseado y el que no ha sentido en su vida la necesidad de una mujer, merece desprecio y no tenerla.

Santiago de Chile, 1923.

Las Segundas Nupcias de Rubén Darío

Recuerdos íntimos de Julio E. Delgado

Fuimos invitados en la ciudad de Guatemala los amigos del gran poeta, a festejar sus segundas nupcias: el eminente literato colombiano, César Conto; el notable periodista ecuatoriano, Federico Proaño, redactor entonces, en dicha capital, de "El Diario de Centro América"; Vicente Acosta, el vigoroso bardo salvadoreño; Joaquín Méndez, actual Ministro Plenipotenciario de Guatemala en Wáshington; el sabio polaco José Leonard; José Joaquín Palma, el dulcísimo e inspirado vate cubano, y quien narra este recuerdo.

En alas del ferrocarril nos trasladamos a la ciudad de Escuintla, en donde Darío nos recibió en una casa de campo, artísticamente adornada con flores y gallardetes, con palmas y con mozos, para ofrecernos una comida que había hecho preparar con el refinamiento más selecto y pródigo.

Antes de sentarnos a la mesa, el poeta nos presentó a su segunda esposa, inteligente joven salvadoreña, de apellido Cabrera, con la cual acababa de contraer matrimonio.

Seis guapísimas muchachas de esa tierra clásica de la belleza espiritual, el comedorcito adornado con primor, la orquesta melodiosa, los deliciosos manjares, el champagne que se escanciró como agua de la fuente, hicieron de las horas uno como sueño voluptuoso de hadas y de dioses.

Darío, que siempre peció en la vida por meditabundo y silencioso, esa noche, en un destello sorprendente y sublime de su espíritu, crió una verdadera constelación de estrofas impresionadas, fulgurantes y admirables. ¡Semejante a un Dios regocijado, jugó a capricho con los rayos subordinados a la omnipotencia de su inspiración!

'César Conto, el incomparable repentista del verso, del cual dijo Joaquín Pablo Posada, que cuando improvisaba era un Tequendama de ideas y un Niágara de consonantes, escuchó, sugestionado, extático, al Maestro innovador y excelso del ritmo castellano. Hacía muchos años que el poeta colombiano, por las decepciones del tiempo y por las hondas nostalgias del destierro, que al fin le causaron la muerte, había colgado su gallarda lira de las ramas secas del árbol de la existencia, y era un entristecido, una pila eléctrica volcada; pero esa noche sugestiva, el bello conjunto despertó su espíritu abatido, y no bien el gran soñador de la Belleza acababa de deslumbrarnos con el último relámpago de su improvisación, cuando Conto, el taciturno, el melancólico, unido a Darío por una fuerza irresistible y divina, se puso de pie, rápido y ágil, con la arrogancia de un lord: relampaguearon sus ojos negros, pequeñuelos, vivaces; desvió hacia atrás su cabeza marcial y pensadora, y de súbito, como el rio que se despeña de los Andes inundándolo todo con sus aguas y sus voces, dijo en versos incomparables cosas tan extraordinarias y cautivadoras, dedicadas a Darío, a su esposa, a las niñas presentes, a Guatemala, a las flores, a la música y al vino, que delirantes de entusiasmo con el Byron caucano, acabamos por echarle encima los ramilletes de la mesa, los abrazos de la admiración, y por romper enloquecidos, como en las antiguas fiestas, las copas después de apurarlas por el genio!...

Siguió en la mesa un silencio indescifrable, sagrado... Todos sentíamos algo como si acabáramos de realizar una gran fatiga... Las miradas se cruzaban mudas unas con otras... Conto parecía recobrar sus fuerzas idas, como el médium, como el hipnotizado que despierta de un sueño cataléptico.

¡Imposible decidir cuál fué la más bella y más intensa improvisación! Elegid entre la majestad del Momotombo, cantado por Victor Hugo; y la del Purace, inmortalizado por Arboleda; entre la belleza sin límites de los lagos rumorosos de Nicaragua, tierra de Darío, y los panoramas llenos de sorpresas del Valle del Cauca, cuna de Conto, descritos por Isaac, el inmortal autor de "María".

Así midieron sus fuerzas estas dos majestades de la idea, del sentimiento y la armonía: ¡como águilas inmensas que emprenden lucha gigantesca en las alturas luminosas!...

Pedimos que hablara José Joaquín Palma; y erguido, cual si lo hubiera movido un botón eléctrico, recorrió a todos con la dulce y limpia mirada de sus grandes ojos azules, que recordaban un jirón del cielo de su Patria antillana, y exclamó:

—Las musas de mi Cuba tan triste como amada, enmudecen aquí, en homenaje a estos dos soles que alumbran nuestra América y nos queman con sus rayos, y se sentó.

El viejo e ilustre Leonard, profundamente impresionado, se expresó de esta manera:

—Un corazón de Varsovia, trasplantado a América por su amor a la libertad y a la reconstrucción de su Patria, descubre su cabellera cana ante estos dos príncipes del verbo y del talento, y les envidia su inspiración grandiosa para cantar con ella las glorias de Polonia y despertar a Kocjusko en el sepulcro donde duerme y espera.

Federico Proaño, dando expansión a su espíritu festivo, inteligentísimo y sutil, alzó la voz para decir:

—Yo propongo, señoritas y caballeros, que para manifestar mejor nuestra admiración sincera por César Conto y Rubén Darío, seamos egoístas, y les demos muerte con nuestras propias manos, para que nadie pueda escuchar las bellezas imponderables que nosotros hemos oído.

Instantáneamente la más bella y distinguida muchacha de las que nos acompañaban, Pepita Pinagel, interrumpió así:

—Yo solicito la honra exclusiva de besar a este novio sublime en presencia de ustedes y de su esposa (señalando a Darío) y a este viejo solterón, enoanecido por la gloria (indicando a Conto).

¡Los dos poetas se abrazaron!

Aplausos y hurras, frenéticos y repetidos, ensordecieron el risueño saloncito, al escuchar el arranque inteligente y franco de la ideal "chapina", como cariñosamente se les llama a las guatemaltecas.

(Colombia).

"LA CULTURA ARGENTINA"

Mariano A. Pelliza

LA ORGANIZACION NACIONAL

con un prólogo de

J. Barreda Lynch

Un vol. de 309 págs.

$ 2.-m/n.

en todas las librerías

Administración General: 475, BELGRANO, 475, Buenos Aires

JULIO VICTORICA: Urquiza y Mitre.
Con una introducción de JULIO BARREDA LYNCH.
Constitución al estado histórico de la organización nacional. — Origenes del pronunciamiento de Urquiza contra Rosas. — Alianza contra la dictadura. — El ejército libertador. Caseros. — Disolución al vencedor de la tiranía. — Urquiza en Buenos Aires. — Urquiza director de la legislatura. — Viaje de Urquiza a Santa Fe. — Revolución del 11 de Septiembre. — El Congreso Constituyente de Santa Fe. — Revolución de Cepeda en la campaña de Buenos Aires. — Sitio de Buenos Aires por Urquiza. — Levantamiento del sitio. — Secesión de Buenos Aires. — Clínicas de la Confederación. — La ley de derechos diferenciales. — Política arrendonda de Buenos Aires. — Guerra civil entre la Confederación y Buenos Aires. — Política conservadora de Urquiza y Mitre. — La presidencia de Derqui. — La constitución reformada. — Batalla de Pavon. — La presidencia de Mitre. — Cuyo. — La guerra del Paraguay. — La presidencia de Sarmiento. — El sacrificio de Urquiza. — La revolución de Entre Ríos. $ 2 %
1 vol. in-8, de 350 páginas.

JOSE HERNANDEZ Martín Fierro.
Con una introducción por C. O. BUNGE.
Bibliografía. Datos biográficos sobre los tres poetas gauchescos.
Introducción sobre la literatura gauchesca: I Descripción del gaucho — Su medio ambiente, raza, tipo físico, psicología y costumbres — El "pericón" — II. La literatura popular y gauchesca — Las "payadas", los poemas gauchescos, el teatro, la novela — III. El derecho consuetudinario del gaucho — El duelo a cuchillo — Su origen e importancia — Lucha entre el antiguo derecho consuetudinario del gaucho y el moderno derecho legal de la República Argentina — Representaciones de esta lucha en la literatura gauchesca — Estudio crítico sobre el relato.
Martín Fierro, de José Hernández (texto completo).
1 vol. in-16, de 348 páginas $ 1 %

PEDRO ECHAGUE: Teatro.
Con un prólogo de JOSE CHIRAPOZU.
Rosas (drama en dos actos). — La hoja (comedia en dos actos y un acto). — El Padre, hermano y tío padre (sainete en tres actos). — De abel en peor (comedia en un acto).
1 vol. in-8, de 290 páginas. $ 2 %

HILARIO ASCASUBI: Santos Vega o Los mellizos de la flor.
Precedido por varios juicios e informaciones.
Poema gauchesco: mezcla dramática de la vida del gaucho en las campañas y pueblos de la República Argentina (1778 a 1808). — La tapera. Santos Vega el payador. Rufo el cuatrero. El mulato. Carne con cuero. El fogón. El pajonal. La cumbre de la flor. El bautismo. El baile. La contienda. El nobilo. El pampero. La malograda. Las carretas. La indiada. El malón. Las cautivas. La pulpería. La herradera. El contrapunto. El carretaje. Los tigres. El curandero. Los gauchos de los pueblos de Buenos Aires. Los pericales del Cabildo. El sarcoma bienpuesto. La vida del pulpero. Amores en la pampa. La pulperia. El baile de cabecita. Don Pedro Carbajal. Don Domingo Pereyrena. El vizcaíno. Locuras de la guerra. Pampamina. La estancia de los milagros. El gaucho forajero. La pulpería del cielo. La muerte del bandido. Epílogo.
1 vol. in-8, de 340 páginas. $ 2 %

PEDRO ECHAGUE: Memorias y Tradiciones.
Con una introducción de NARCISO S. MALLEA.
Apuntes de un prosaísta: Libro primero; Libro segundo; Libro tercero. — Mártires y fugitivos. — La Chapasay (tradición santiaguesa). — Contra noches en el mar (novela corta).
1 vol. in-8, de 210 páginas. $ 2 %

CARLOS ORTIZ: Rosas del Crepúsculo (poesías).
Con un prólogo de MARIANO A. BARRENECHEA.
Adonais de la tarde. — Perla de Cuzco. — Triscinas del jardín. — La aguada de la cruz. — Angeles perdidos. — El poema de los caballeros. — El "pesado" — El fúnebre de la virgen. — Romanza de la noche. — Delirio trágico. — Rayo fatal. — Canción de las nubes. — El poema de la mañana. — El gaita de los lauros. — Cadena del bronce. — Canto del siglo. — El Cristo de los abismos. — El cuervo florido. — El beso. — La tapera. — Flor de carne.
1 vol. in-16, de 220 páginas. $ 1 %

CARLOS ORTIZ: El poema de las mieses (poesías).
Precedido por una elegía de LEOPOLDO DIAZ.
El poema de las mieses (texto completo). — Canto de Amor, de Esperanza y de duda (texto completo).
1 vol. in-16, de 200 páginas. $ 1 %

JOSE MANUEL ESTRADA: La política liberal bajo la tiranía de Rosas.
Con una introducción de MARIO SAENZ.
La tiranía. Sus antecedentes. Cómo fué la revolución Argentina. Los partidos y sus denominaciones: Espíritu que lo creó la crearía. La juventud y la Asociación de Mayo. — Comentarios sobre el Dogma de la Asociación de Mayo. Asociación, Progreso, Fraternidad, Igualdad, Libertad, Continuación de los trabajos preparatorios de la revolución democrática. Fusión de los partidos liberales en un centro unitario. Resumen.
1 vol. in-16, de 300 páginas. $ 1 %

ARISTOBULO DEL VALLE: Oraciones Magistrales.
Compilación y prólogo de ANIBAL F. LEGUIZAMON.
Oración fúnebre a Antonio Cruz. — Oración fúnebre a Carlos Guido y Spano. — Oración fúnebre a Nicolás Avellaneda. — Oración fúnebre a Dominguez. — Oración fúnebre a Sarmiento. — Oración fúnebre a Mitre. — Oración fúnebre a Pedro Goyena. — Discursos en el Senado: Intervenciones, Código Civil, Tropas Provinciales, Reforma del Ochenta, Normas Parlamentarias, Facultades Judiciales del Senado, Lotería de Beneficencia, Sucesos políticos de Corrientes, Organización de los Tribunales, El Estado y la Iglesia.
1 vol. in-8, de 300 páginas. $ 2 %

ARISTOBULO DEL VALLE: Discursos Políticos.
Compilación de ANIBAL F. LEGUIZAMON.
Discursos en el Senado: Elección de Senador por la Capital, Ley de Imprenta, Obras de Salubridad, Banco Hipotecario Nacional, Ferrocarriles nacionales, Situación política del país. — Discursos universitarios: Inauguración de la Universidad. Discurso al pueblo. — Discurso Académico: Colación de Grados en la Facultad de Derecho.
1 vol. in-8, de 300 páginas. $ 2 %

ANGEL J. CARRANZA: La Revolución del 39.
Con un prólogo de JOSE JUAN BIEDMA.
La Revolución de 1839 en el Sud de Buenos Aires. — La Conspiración. — Antecedentes de Pedro Castelli. — Pedro Castelli y Manuel Dorrego en Mercedes. — Preparativos de la expedición de Lavalle. — Proyecto de insurgir por el Sud de la provincia. — Lavalle cambia de opinión. — Pronunciamientos de Dolores en Octubre. — Elementos vitalizadores a la revolución. — Pronunciamiento de Chascomús. — Extensiones y adhesiones que aparecen o combaten la revolución. — Darreras gestiones revolucionarias. — La represión.
1 vol. in-8, de 330 páginas. $ 2 %

Tres cartas abiertas al Dr. NAZAR ANCHORENA han sido rechazadas por la prensa grande

Carta de Don Pablo Vrillaud

"Y luego nos quejamos del mal estar social y del malestar Universitario especialmente; ignorando las causas porque no las nemos estudiado con el método inductivo, con el que debería observarse los hechos sociales, no comprendemos el natural efecto de lo que se ha llamado "reforma infelix", crisis de la universidad", "y el bolcheviquismo universitario" y si temen sus manifestaciones, ruidosas como el aleteo de el "trueno, o como si viviéramos en una época mitológica, en que un "Júpiter omnipotente e impune nos amenaza con sus rayos mortíferos.

De su discurso inaugural de la Facultad de C. J. y Sociales el 28 de Junio de 1920, en Santa Fe.

Creo que no es necesaria mi presentación entre nosotros. Somos viejos amigos y hablar podemos en tono, casi confidencial. Es siempre un placer, entre antiguos camaradas encontrarse —aunque en este caso será algo difícil —, hare lo posible por buscarlo, sin recurrir a lo interno filosófico. Confío en que usted será tan amable, como en tiempos precedentes — hasta no ponerme en la situación embarazosa de negarse por intermedio de la camarera, espegando como espero que el primer aldabonazo aparezca el dueño de la casa.

Para mi sera gran placer conversar como antaño, su recia mano de deportista universitario como allá en los buenos tiempos en que usted — hidalgo al fin y al cabo — supo con envidiable distinción, bajar hasta nosotros, actitud elegante que no me canso de alabar. Entonces, no faltaba un cierto, que usted, la camarilla del manifiesto, ni dudo un instante de nuestras facultades gaiales y sociales (dichos de comentar), de los que se hablara más adelante.

Pero, si usted me lo permite, toquemos el pasado. Alguien dijo que le "agradaban las mujeres con un pasado y los hombres con un porvenir". Usted me perdonará, pero debo confesarlo, que lo considero hombre de gran pasado, casi diría de antepasado, que posiblemente no ha de ser una misma cosa. Dicho esto, que bien podría ser un elogio, prosigamos. Existe entre nosotros una manera de nobleza, herencia de prestigios. Algo dijo al respecto en una nota José Nicolás Matienzo, autoridad que no me atrevo a discutir. Vivir del pasado ha sido para los argentinos, una cosa cómoda. Hemos puesto tal sentido de heroicidad en nuestra insignificante historia, que en trance de apología, llegamos hasta la epopeya. Los literatos de nuestra historia, hicieron tanto, que por poco nos convencen. Posiblemente, tales afirmaciones ni resistirían al análisis de la más ligera crítica, pero pienso con Alomar ¡qué será de un pueblo sin héroes y sin historia! Por lo menos, si no la tenemos, nadie nos podrá discutir el talento de haberla creado. Usted sabe, que aquí, se habla del pasado, con unción casi religiosa. La consecuencia es que se trabaje tan poco y nos diluyamos en un juego de posibilidades. El alma argentina está un poco enferma de esa cobardía de agazrarse de la falda de los héroes — y es conveniente decirlo — que héroe es por aquí persona que haya gobernado o mandado un batallón. La muerte es una gran enterradora, entierra hasta los delitos. Luego vendrá el nombre de la calle o esa lugar común argentino que se llama, la estatua. Estoy por creer con Rivadavia y Alberdi, que honor está en no tenerla. Toda esta digresión se hizo deliberadamente en el deseo de afirmarse en el concepto de que es usted un hombre de pasado, vale decir, en trance de heroísmo. Su actuación y su fallo, lo acreditan a la estatua. Opino gentilmente que se la merece.

Pero decía que tocaríamos el pasado, es decir que hablaríamos de usted. Comprendo que resulta un poco duro, quizás una incorrección, cuando no una imprudencia, expresar verdades. Siente que por una ligereza suya, usted no debió (menta, ni como interventor, ni como reformista, me pongo en terreno de hacer historia. Mis deseos hubiera sido elogiarlo, es cosa que cuesta poco y que siempre produce más de lo que se piensa. Usted que es persona inteligente, debe convenir conmigo que hay que ponerse en guardia ante un hombre que aplaude demasiado. Nada me nos sincero que el elogio a un hombre público. De aquí que muchas veces se justifiquen los silbidos, aunque estoy muy lejos de creer como se ha dicho, que tengan en cierto modo una función social.

Por los diarios habrá llegado hasta usted la noticia de que he sido la obra como organizador personal, debo declararle, que la noticia de los periódicos no ha reflejado fielmente el sentido de mis palabras. Mis afirmaciones han sido más rotundas que las expresadas por la prensa; por ello me veo en la obligación de repetirlas completadas, con todo el respeto que me merece el hombre, que rara vez es una cosa idéntica al funcionario.

He afirmado que usted no intervino en la organización de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. Creo no expresar más que una verdad irrefutable. En los primeros días del mes de Junio de 1920, tuve oportunidad de visitarlo en Buenos Aires. Era usted ya camarista. Después de una charla agradabilísima, en la que usted supo reír finamente de los "reaccionarios" y de las otras camarillas (por lo menos ha permanecido fiel al abjetivo), le hice notar, siempre con todo respeto, que en vista de lo avanzado del año, era necesario que se terminara con todo lo concerniente, no sólo al plan de estudios, sino también a la integración del cuerpo de profesores. Usted me contestó que no lo referente al plan de estudios, tenía presentado un trabajo al ministerio respectivo y sobre el nombramiento de profesores, luego de referirse a sus tareas de camarista y de docente que lo imposibilitaban alejarse de Buenos Aires, delegó en el que escribe, entonces Presidente de la Federación Universitaria, la hermosa tarea de tales ofrecimientos. Hice en tal oportunidad, observaciones acerca de la autoridad que podía tener para ello, pero el señor organizador desvaneció todas mis dudas, expresando que "los estudiantes, verdaderos depositarios de la reforma, eran los más indicados para la elección de sus propios maestros".

Así me dirigí a Córdoba, con algunos inconvenientes, pues viajaba con una orden de pasajes a su nombre — cosa ahora me hace poco feliz — pero que en entonces me abrumaba en mi carácter de organizador, blanco de honores y de honras a las que sinceramente no estoy acostumbrado. Fui allá, en Córdoba, que ofrecí cátedras a Deodoro Roca, Saúl Taborda y C. Garzón Maceda, comunicándole telegráficamente la aceptación de los dos últimos. En Rosario, me entrevisté primeramente con el doctor Amilcar Razori, a quien no conocía, y que me fuera presentado por el doctor Taborda. Impuesto de mi misión, el doctor Razori, sin contestar mi ofrecimiento, me acompañó en la visita que hiciera a otros profesionales. En su compañía conversé con los doctores Enrique Thedy, Daniel Infante, Rafael Bielsa, Víctor R. Pesenti, De Elía, no pudiendo hacerlo con los doctores Correa y Lanza Castelli, por hallarse ausentes. Así obtuve el consentimiento de los doctores Pesenti y Razori, quienes aceptaron las cátedras que actualmente dictan. Usted, contestaba a un telegrama, donde le comunicaba el resultado de mis gestiones, llegó a decir "que tales conquistas honraban a la nueva Universidad". En Paraná y Santa Fe, pasaron cosas parecidas que no relato, temeroso de pecar por demasiado extenso.

Cuesta en mi poder una copia oficializada de las propuestas que usted hiciera como organizador al ministerio, que son las mismas que usted recibiera de la Federación Universitaria, con ciertas excepciones, en las que intervino a última hora la perspicaz agudeza de Maquiavelo, y de cuya intromisión — usted bien lo sabe — nosotros protestamos decididamente.

Recuerdo que preguntados por usted, acerca de quiénes serían entre los antiguos profesores, los que no ofrecían resistencia de ningún orden entre el alumnado, le indicamos los nombres de los doctores Nicanor Molinas y Juan B. Depetris, como asimismo nunca nos opusimos al nombramiento del doctor Julio Busaniche, quien hubiera sido designado, a no existir la ley de incompatibilidades en el orden judicial.

Aún más. Consultados por usted, (entonces usted consultaba a la camarilla), respecto a la opinión que tenían sobre el doctor Elías P. Guastavino, respondimos que no dudábamos por un instante de su capacidad docente, aunque pesando sobre él una descalificación de la F. U., no podíamos mantener su nombramiento. Entonces, usted, me pidió (pedía, entonces a la camarilla), que resolviéramos el asunto en asamblea. El resultado fué negativo y usted, a pesar de todo lo que dice ahora, no designó profesor al doctor Elías F. Guastavino, como hubiera sido su deber, si en realidad creía en su capacidad docente. Ya ve usted que la "obra más perfecta de su vida", en la que no necesitó de las "luces de los estudiantes", resultará al fin no perteneceríe. Tengo documentos que con los antecedentes expuestos, quizás hicieran dudar hasta a su propio autor.

Contraste indiscutiblemente su actitud pasiva de ayer, con el tono desafiante de su manifiesto. El interventor desapareció a través de esa prosa dura, fruto tan sólo de un nervioso apresuramiento. Usted pensó sin duda, que había que aprovechar este momento de indecisión en que se debatía la vida universitaria gran parte de la juventud argentina, o que el riesgo de la pérdida de un año o de un título, podría pesar más en el balance de nuestras vidas, que la espontaneidad de un gesto, que si es sincero, siempre lleva un cierto sentido de eternidad.

Las camarillas que usted quiere ahora destruir, y a las cuales entregó antaño hasta sus poderes, tienen como usted bien dice, un frente único. Hace 4 años que están luchando desde ese frente sin apartarse en lo mínimo, por la conquista y por la defensa de un conjunto de ideales, que es difícil interpretar, cuando se vive como usted, amablemente, sin necesidad siquiera de retribuciones económicas.

Siento, créamelo, que no haya conservado ese "frente único" que pretende destruir en nosotros, aunque el hecho no me impacienta. Vivimos en el país de los cambios de frente.

Para terminar, he notado que abusa usted en sus notas y resoluciones de ciertas palabras — Patria, Justicia, Ley. — Cuando en esta tierra se habla mucho de estas cosas, pienso siempre que se está por cometer grandes injusticias.

Muy respetuosamente.

Pablo Vrillaud.

Carta del Dr. Amílcar Razori

Estimado doctor: Mi profunda estimación y honda simpatía hacia el que fuera organizador de nuestra Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, me obligan a transmitirle, en esta forma un amable y cordial saludo, con motivo de su reincorporación a la vida universitaria de la Universidad del Litoral. Vuelve Vd. después de dos años, y no sé por qué oculto e inexplicable proceso psíquico he recordado cuando usted asumía en Rosario sus funciones de Interventor, aquella hermosa y vibrante asamblea universitaria del 28 de Junio del año 1920, reunida en el museo escolar de esta ciudad, ante la cual Vd. pronunciara su viaente, avanzado, enérgico y categórico discurso inaugural. El auditorio preñado de rostros juveniles, le aplaudió calurosamente, porque usted formuló sin ambajes una clara e indiscutible profesión de fe reformista, que los estudiantes de todo el país aprobaron con regocijo no faltando, bien lo recuerdo, diarios grandes y sesudos hombres, que combatieron sus palabras y hasta sus hechos, entendiendo que usted sembraba el mismo "bolcheviquismo universitario" del acápite y frente al cual usted, ni se sonrojaba, ni temía sus ruidosas manifestaciones. (Estaba latente en aquella época la violencia de los universitarios cordobeses para reformar la Reforma, como lo está ahora el nuevo simbólico arrojado en la mesa del Consejo Directivo de la Facultad de Medicina).

Yo no sé si aquellos aplausos que se prolongaron hasta su despedida en 1920, le han esperado, también, en su regreso de ahora, porque no pueden menos sin pensar en la más grande de las ingratitudes, que digan verdad las crónicas cuando refieren que los estudiantes de Rosario le silbaron ruidosa, frenéticamente a su llegada en 1922. Menos aún puedo comprender cómo aquellos diarios y hombres sesudos que ayer le combatieran por su defensa de la "reforma infeliz" hoy se encantan con delirio ante su nombramiento como interventor y es